

osura del estilo de nuestro autor servido por una lengua dócil y adiestrada que sin dejarse caer del lado peligroso de la preciosidad y del alambicamiento, sabe ser dócil y digna, natural y expresiva, suave y robusta al mismo tiempo.

MANUEL DE MONTOLIU

El concepto de la realeza

En uno de los momentos más críticos porque haya pasado jamás un pueblo, una palabra de su rey lo ha iluminado con clara luz y ese pueblo, movido por la pasión, alborotado como un mar rugiente, y con su actitud ha serenado el horizonte de Europa. Nos referimos a Montenegro. Se trataba en consejo de príncipes, ministros y notables de resistir a Europa, de morir aplastados por los ejércitos austríacos antes que evacuar a Escutari, cuando en lo más ardiente del entusiasmo y de la ira y la indignación, entró el rey en el Consejo para imponer la serenidad.

labras: «Vosotros sois responsables ante el Parlamento; pero yo lo soy ante Dios». No, no fué el Quos ego... lo que pronunció el rey Nickita para amansar las encrespadas olas, en aquel instante supremo; sino un acto de sencillez fe cristiana, un acto y una frase que encierran todo un tratado de derecho público, que prueban en quien las pronunció un corazón y un alma dignos de regir el más grande imperio de la tierra y una inteligencia clara y un concepto exacto de lo que distingue al poder real del poder popular: la responsabilidad ante Dios: entre el rey y Dios nadie y entre el pueblo y Dios el rey, y el rey responsable ante Dios del pueblo que le dió en herencia y del que fué instituido padre y guía.

Nunca podrá hablar así nadie más que un rey; jamás podrá hablar así el poder meramente popular, y es que los poderes populares no acuden, para ser unidos, a Dios, y los reyes sí; y cuando no acuden a Dios para que sancione la voluntad del pueblo que los elige no son tales reyes, son meros funcionarios, son... el más alto funcionario de la nación y nada más. Por esto, por esa unión ó sanción divina, la realeza tiene ese supremo don de poder invocar a Dios en sus decisiones y decirle al pueblo: ¡tú me elegiste; pero des de luego que yo te he ido cargado sobre mí responsabilidades tan altas que no es a ti a quien debo rendirlas; y de estas responsabilidades tengo yo que dar cuenta, antes que a ti, a

Dios. Y el rey que esto hiciera y así pensare, éste será un gran rey, y no creará que su origen sea divino, personalmente divino, sino que es divina su función y que su obra real ha de estar supeditada a la voluntad de Dios, por el bien de su pueblo.

Los reyes absolutistas, los cesaristas, cuyo patrón y modelo en la edad moderna fueron Luis XVI de Francia y los que le siguieron, afirmaron el origen divino de la realeza; pero no en el sentido cristiano en que acabamos de afirmar, con su sencillez y sublimada frase, Nicolás de Montenegro, sino en un sentido pagano, tal como pudieron haberlo proclamado Tiberio ó Calígula, en el sentido de que les habla sido dado todo poder sobre su pueblo, que por su origen les era debido toda especie de acatamiento, que no debía existir más ley que su voluntad. No, el pensamiento de Nicolás de Montenegro y su concepto de la realeza son todo lo contrario: «Vosotros sois responsables ante el Parlamento; pero yo lo soy ante Dios». Es decir, que no invoca su poder, ni su voluntad, ni la superioridad de sus funciones, sino todo lo contrario: su responsabilidad, y su responsabilidad más terrible, más espantosa: su responsabilidad ante Dios.

Con estas palabras y con este acto de sublime grandeza ha salvado Nicolás a su pueblo de los horrores de una lucha sangrienta; le ha conquistado otra vez su independencia amenazada y ha salvado, se-

guramente, a Europa de una conflagración sin ejemplo. Montenegro, por el acto de su rey, se ha hecho una vez más digno de la admiración del mundo.

Nicolás de Montenegro ha hecho una gran cosa y ha dicho grandes cosas en pocas palabras. Los poderes populares pasan, los ministros pasan, los diputados, los legisladores hoy son y mañana no son, los presidentes se hunden en las obscuridades de un ex anodino; pero el rey permanece, la realeza no pasa; y si los ministros y los legisladores son responsables ante el pueblo del mal que hicieren y no se sienten responsables (aunque igualmente lo son), ante Dios, porque no han accedido a Dios para sancionar su autoridad, el rey es únicamente responsable ante Dios; y no basta que alguna vez, como Pilatos, se lave las manos por la sangre injustamente derramada, aunque la pida el pueblo, porque ante Dios, no borra toda el agua del Océano, como no podía borrar las de Macbeth, las manchas del paricidio y el rey es padre de su pueblo. No le bastó a Pilatos lavar sus manos, porque eternamente ha quedado en el Credo y se dice todos los días, en todos los pueblos de la tierra, que el inocente padeció «bajo el poder de Poncio Pilato».

Y de esto, sin duda, está penetrado el gran rey de uno de los más pequeños estados de la tierra, para ejemplo de reyes y... de pueblos. ANGEL RUIZ Y PABLO

Información telegráfica y telefónica particular de La Vanguardia

Servicio de nuestros corresponsales especiales y de las Agencias HAVAS, París; REUTER, Londres; WOLFF, Berlín; CORRESPONDANT BUREAU, Viena

FRANCIA Y ESPAÑA

EL VIAJE DEL REY

De París

Visitas de beneficencia

París, 9.—El Rey Alfonso se ha levantado hoy temprano y ha despachado todos los asuntos que le ha sometido el conde de Romanones, enterándose además de la voluminosa correspondencia recibida, con ayuda del presidente del Consejo y de su secretario particular.

A las diez y media ha salido el Rey de sus habitaciones, vestido de levita y llevando en el ojal el botón de la Legión de Honor. Con el marqués de Quiñones de León y el general Mas de Latries, ha subido el Rey al automóvil que ya tenía dispuesto y ha tomado la dirección de Neuilly, en donde ha hecho una detenida visita al Asilo Hispano-Americano, en el que son acogidos los americanos y los españoles indigentes. El Rey se ha enterado minuciosamente de la marcha del Asilo y ha felicitado con verdadero calor a las Hermanas que cuidan del beneficio establecido.

Después y en el propio automóvil ha regresado a París y ha visitado en el palacio Seligmann la Exposición de la Edad media y del Renacimiento, organizada por la marquesa de Ganay y beneficio de los soldados coloniales heridos ó inválidos; allí ha sido recibido el Rey por el director del protocolo y acompañado hasta el primer salón, donde le aguardaban Poincaré y su esposa; el Rey Alfonso ha ofrecido su brazo a la señora de Poincaré y con todos los invitados al acto ha visitado la Exposición, guiados por la marquesa de Ganay y el conde de Castelnau. Antes de las diez había terminado la visita, y después de despedirse de Poincaré y de su esposa, el Rey Alfonso ha regresado directamente al palacio de Orsay, siendo en todo el trayecto respetuosamente saludado por los parisienses.

Recepciones

París, 9.—Poco después ha recibido el Rey a una delegación de las Asociaciones económicas, presidida por el senador Lourties, quien ha saludado al Rey en un breve y elocuente discurso, en el cual ha manifestado la esperanza de que á no tardar se habrá llegado a una buena inteligencia entre Francia y España. El Rey ha dado las gracias a la delegación por las ideas de carácter económico que acababa de exponer, añadiendo que todas ellas concuerdan por completo con sus personales sentimientos.

En seguida ha almorzado el Rey en sus habitaciones particulares, acompañado por el conde de Romanones, por la misión francesa puesta a su servicio y por las personas de su séquito.

A las dos y media de la tarde ha recibido el Rey a la colonia española, cuyos más significados personajes le han sido presentados por el embajador de España; á todos ha acogido amablemente el monarca y ha conversado extensamente con ellos, dándose por terminada la recepción á las tres y diez minutos.

En el Petit Palais

París, 9.—A las 3'20 el presidente de la República ha llegado al palacio donde se hospeda el Rey, en una victoria tirada por dos caballos. Mollard ha conducido al presidente a las habitaciones del Rey, donde han conversado el Rey y el presidente por espacio de quince minutos.

A las 3'40 han salido del palacio en la victoria del presidente, escoltados por un escudrón de la guardia republicana de gran gala. Los tambores y clarines batían marcha y por el puente de Alejandro III el cortejo gana el Petit Palais, a donde llegan á las 3'47. En todo el trayecto le rinden honores la guardia de a pie y de a caballo, presentando las armas, mientras la multitud aclama al Rey y al Presidente.

La municipalidad de París ha recibido al Rey de España en dicho palacio, que estaba brillantemente adornado interior y exteriormente por trofeos de banderas españolas y francesas, flores y guirlandas. En la escalera de honor estaban formados los guardias republicanos, de gran uniforme, de calzon blanco. La multitud, agolpada en la acera opuesta, ha sido contenida por la guardia municipal de a pie y agentes de orden público. En el puente de Alejandro III, a poca distancia de los Campos Eliseos, forman calle los municipales á caballo.

Los invitados han llegado á las tres al Petit Palais, en largo desfile de lujosos automóviles. De ellos descienden los representantes del cuerpo diplomático, los ministros y algunos señores.

En la gran rotunda, admirablemente adornada de azulejos y calceolarias rojas y amarillas, se habían dispuesto dos sillones, donde se han sentado el Rey y el Presidente. Entonces Enrique Gall, alcalde de París, dirigiéndose al Rey, ha pronunciado las siguientes palabras:

«Señor: París no olvida que Vuestra Majestad le hizo en 1905, en el Hotel de Ville, el honor de su primera visita real. Quizá guardéis vos también el recuerdo de las aclamaciones al joven Rey, cuyo simpatía y curiosa sonrisa gracia conquistó inmediatamente todos los corazones. Hoy, después de ocho años, cuando una inteligencia que ha resistido á la prueba, ha sido sellada entre España y nuestro país, es gran hora para mí dirigir aquí, en nombre de París, la bienvenida al príncipe amigo de las Artes, al soberano amigo de Francia.

Gran honor mío es también saludar en vuestra persona al noble pueblo español, sus héroes, sus leyendas, sus glorias, su ideal de valor, de belleza y de independencia. Señor: os agradezco que os hayáis dignado aceptar la invitación del municipio parisiense, y hemos pensado que un espíritu culto como el vuestro se complacería, durante los demasiados cortos instantes que podéis concedernos, en estar entre las obras de los maestros antiguos y modernos, reunidas en este palacio. Nosotros guardaremos el precioso recuerdo de la nueva visita de Vuestra Majestad á París; ella es testimonio de simpatías de que tenemos derecho á estar orgullosos. Nos permitireis, Sire, ofreceros dentro de unos instantes una copa de vino francés y levantarla á vuestro honor y á la prosperidad de España; pero termino, y respondiendo al pensamiento de todos, al de nuestros compatriotas y al de nuestros amigos del Ayuntamiento de Madrid, que son hoy nuestros huéspedes, manifestando nuestros saludos más respetuosos por Su Graciosa Majestad á la Reina y toda la familia real.»

Discurso del prefecto

Entonces Delanney, prefecto del Sena, ha tomado la palabra y ha dicho:

«Sire: España y Francia pertenecen á la gran familia latina y dos naciones hermanas no pueden encontrarse, sin que los amados recuerdos del pasado les lleguen al corazón. Los reyes y reinas se esforzaron en allanar la barrera que la naturaleza puso entre las dos; ilustres alianzas las unieron, sus mayores escritores y artistas se conocieron y amaron. De España nos vinieron con el gusto por las narraciones novelescas, de que nuestra literatura se penetró tan profundamente, tanto bellos poemas que exaltan el valor. Corneille le tomó prestado su héroe y todavía la voz del Cid es la que creemos escuchar en las horas de entusiasmo. París reconoce en Vuestra Majestad á un descendiente del buen rey Enrique, vuestro glorioso antepasado, á quien el pueblo ama por su gran corazón, varonil ardimiento y gracia natural: saludó al Rey heroicamente castellano,

unido al buen humor gascón, y pone en sus bocanetas el mejor y más grande de los reveses, pues le más augusta de las coronas y la doble seducción de la bravura y de la juventud.»

Discurso del Rey

Don Alfonso ha contestado en estos términos:

«Señor presidente del Consejo municipal, señor prefecto: Me siento conmovido por los sentimientos que acabáis de expresarme y que evocan, con el recuerdo del glorioso pasado que nos es común, la esperanza de un porvenir lleno de cordial amistad que debe unir en adelante y para siempre á las dos naciones vecinas. El recuerdo de la estancia, demasiado breve, que me es dado hacer esta vez en París, figurará claramente entre los más íntimos y más simpáticos de mi existencia y vendrá á añadirse á los no menos agradables que conservo de anteriores visitas á vuestro magnífico Hotel de Ville. Me considero muy feliz en haber al vino francés en la copa que os dignáis ofrecermela, formando ardentísimos votos por la prosperidad de vuestra maravillosa ciudad, legítimo orgullo de Francia.»

Estas palabras han sido acogidas por calurosos aplausos y gritos varias veces repetidos de viva el Rey y viva España, á los cuales los españoles que estaban presentes al acto mezclaban los de viva el Rey, viva Poincaré y viva Francia.

Después se ha efectuado la visita á los distintos salones. En el buffet ha tomado el Rey una copa de champaña, brindando por la gloria y prosperidad de la villa de París. El Rey, que vestía el uniforme de general, ha ofrecido el brazo á la señora Poincaré, para continuar la visita á las distintas salas del palacio.

En tanto los ediles madrileños confraternizaban con los concejales parisienses. En el momento de la salida, cuando el Rey y Poincaré han aparecido en la escalinata del Petit Palais, la multitud que se apiñaba en la acera de enfrente y que llenaba todos los espacios para ellos acobardados, ha vitoreado con entusiasmo al Rey, agitando frenéticamente pañuelos y sombreros, y el monarca, realmente emocionado ante tales pruebas de simpatía, se ha descubierto para saludar con gesto amistoso á la multitud. Las aclamaciones han aumentado todavía cuando Don Alfonso Poincaré ha tomado asiento en el automóvil que había de conducirlo al centro de aviación.

El cortejo del Rey, los miembros de la misión francesa y los agregados á la real persona, han tomado asiento en varios automóviles, que han seguido al coche real por los Campos Eliseos, plaza de la Estrella, Avenida del bosque de Bolonia, Bosque de Bolonia, carretera de Suresnes, paseo de Longchamps, hasta llegar á Saint-Cloud, donde, al entrar han rendido honores al monarca dos escuadrones de coraceros, cuyas trompetas suenan alegremente.

En la avenida del Palacio ha rendido los honores al Rey el 101 regimiento de infantería, que ha formado cordón. Tambores y trompetas suenan marcialmente, en tanto la muchedumbre se agrupa detrás del cordón de tropas aclamando al Rey y á Poincaré, que responden el Rey saludando militarmente y Poincaré con el sombrero.

Luego ha llegado el cortejo á Ville d'Avray, cuyas casas están empavesadas, después de haber atravesado en toda su extensión el magnífico parque de Saint-Cloud.

Comentarios periodísticos

París, 9.—Los periódicos de la mañana dedican extensos y amabilísimos comentarios al viaje del Rey Don Alfonso, condecorando todos en la afirmación de que la gloriosa jornada de ayer quedará indeleblemente marcada en el espíritu de cuantos en ella fueron actores ó espectadores; también todos hacen notar el entusiasmo con que fué aplaudido y aclamado el joven monarca español.

Asimismo algunos periódicos hablan hoy nuevamente de la comunidad de los intereses franco-españoles, y afirman que la aproximación entre ambos pueblos, uno y otro

habrán de sacar inmensos beneficios. Hanneaux, en un larguísimo artículo, hace la historia de las relaciones franco-españolas, y dice que la desconfianza entre ambos pueblos ha estado en cuanto, prescindiendo de intermediarios, se han puesto Francia y España frente á frente y se han dado amistosamente las manos. Añade el articulista que Francia ha de procurar no olvidar ningún aspecto de la otra parte de los Pirineos, y hace constar que el acuerdo franco-hispano-inglesés dará por resultado la formación de una potencia marítima como nunca se habrá visto otra igual en Europa. La cuestión marroquí ha sido la única dificultad que ha tenido que vencerse, y en lugar de ser causa de ruptura, se ha convertido afortunadamente en un verdadero y sólido lazo de unión.

Entre otros periódicos, Excelsior dice que España, en caso necesario, podría aportar un ejército de 200.000 hombres, añade que la alibutancia exacta de las fuerzas de que la infantería española es la mejor del mundo, pues no hay soldado como el español tan sobrio, tan resistente y tan disciplinado, constituyendo una fuerza militar importantísima.

El Echo de París habla enternidamente de las relaciones comerciales franco-españolas, y afirma que se impone que cuanto antes se llegue á la conclusión de un convenio comercial entre ambas naciones, pero que habrá de ponerse el asunto en manos de hombres que lo concierdan muy bien.

Había Romanones

París, 9.—Interrogado Romanones por un redactor de La Liberté, ha hecho una serie de declaraciones que pueden condensarse en las siguientes palabras: «Estamos plenamente satisfechos de la recepción que en París se ha tributado á nuestro Rey y muy contentos de que el gobierno francés haya tan completamente correspondido á la verdadera significación que había de tener este viaje, cuyas consecuencias se irán desarrollando lentamente en la atmósfera de confianza y de fraternidad que entre todos nosotros ha estado, pudiendo afirmar que por su parte España está dispuesta á cumplir con exactitud la parte del acuerdo marroquí que á ella corresponde. De sea dicho con verdad, y yo me complazco en repetir, que dos naciones que tienen conciencia de la identidad de sus intereses y de sus sentimientos, hallarán siempre la fórmula más adecuada de su mutua inteligencia. Ahora nos dedicaremos en Madrid á la preparación del próximo viaje de Poincaré á la capital de España, donde esperamos que de nuevo se confirme la buena amistad entre las dos naciones hermanas.»

Los concejales madrileños

París, 9.—Los ediles madrileños han continuado esta mañana la visita á los servicios municipales parisienses, especialmente al cuartel de zapadores-bomberos de la calle de Carpan. Varios concejales de París, el coronel Cordier y numerosos oficiales les han acompañado á la delegación madrileña.

Los detenidos

París, 9.—Hoy han comparecido ante el Tribunal correccional los pocos manifestantes detenidos ayer, día de la llegada de Don Alfonso XIII á París. Anacleto Fortunat, de 35 años, vendedor de periódicos, que gritó al paso del rey en la avenida de Motequiel, ha sido condenado á seis meses de prisión, aplicándosele la ley que prohíbe las ofensas cometidas en público contra los jefes de Estado. Los individuos detenidos durante las manifestaciones en el boulevard Saint-Denis, en Bonne Nouvelle y en el bulevard de Courcelles, han sido condenados: Gotardo Schiffer, natural de Suiza, de 22 años, á cuatro meses de prisión, por violencias contra agentes de la autoridad; Leopoldo Colombier, de 19 años, y Henri Boiteux, de 16 años, á dos meses cada uno, por rebeldía, y Alberto Matival, de 20 años, y Juan Henry, de 24, á cien francos de multa cada uno. Un llamado Marx ha sido absuelto.

El Rey en Buc

París, 9.—La puerta de Versalles, por donde se ha pasado el cortejo, está adornada con banderas españolas y francesas y plantas